

IX

LA VERSIÓN DE JACSON-MORNARD

Frank Jacson o Jacques Mornard Vandendresch —le llamaremos, para facilitar el relato, con el nombre compuesto de Jacson-Mornard— empezó a constituir un verdadero problema para mí desde el momento mismo de su detención, pero sobre todo después del deceso de León Trotski. El Dr. Rubén Leñero, Jefe de la Cruz Verde, no quería tenerle allí, negándose a asumir responsabilidades si algo le ocurría. Servíanle al asesino los alimentos de la calle y temía que lo envenenaran.. Podían atentar contra su vida los trotskistas, llevados de un natural afán de venganza, o los stalinistas, deseosos de suprimir a quien, un día u otro, podía decir la acusadora verdad. Lo acaecido a Robert Sheldon Harte tenía, por fuerza, que ponerme en guardia.

Por su parte el licenciado Raúl, Carrancá Trujillo, Juez de Primera Instancia de Coyoacán, a cuya disposición quedaba el detenido, encontraba que la cárcel de su demarcación no ofrecía bastantes seguridades, lo cual era

cierto. No podíamos trasladarlo inmediatamente a la Penitenciaría, pues entre la gran cantidad de criminales que allí había podían fácilmente contratar a uno o a varios para que le dieran muerte. No estaba excluido, por otra parte, el peligro de que recurriera al suicidio. Según sus propias declaraciones, de las que nos ocuparemos más adelante, había sido esa su intención de salir con vida del atentado. Con ese fin decía llevar el revólver que se le encontró. Ya se comprenderá que su vida era preciosa para tratar de esclarecer todo lo referente al asesinato, que conmovía al mundo entero.

Por fin, una tarde decidí sacarlo de la Cruz Verde en una ambulancia y trasladarlo a una de las celdas blindadas de la Jefatura de Policía, en la Sexta Delegación. Le puse permanentemente un centinela de vista. Allí mismo debía ser interrogado por el Juez de Coyoacán y examinado por dos ilustres doctores designados al efecto.

Antes de sacarle de la Cruz Verde, y como una de las primeras providencias, quise que se celebrara un careo con dos de los incoados en el proceso por el asalto del 24 de mayo: Néstor Sánchez y el español José Álvarez López. Los trotskistas apuntaban que bien podía ser Jacson-Mornard el "amigo" o "conocido de confianza" que se había hecho abrir la puerta de la casa de Trotski por Robert Sheldon Harte. ¿Sería él, en efecto, el famoso "judío francés"? Hice quitar los vendajes que envolvían la cabeza de Jacson-Mornard. Obligué a éste a pronunciar algunas frases. Los dos asaltantes del 24 de mayo no lo reconocieron. No lo habían visto nunca. Jacson-Mornard no había tomado parte personal en el anterior atentado. El "judío francés" era más grueso, representaba mayor edad y no usaba lentes como éste. Pensé que si Jacson-Mornard era el agente de la G. P. U. que, habiendo logrado introducirse en la casa de Trotski, estaba destinado a darle muerte en el caso de que fallara el primer atentado, no iban a comprometerle antes de tiempo. Debía constituír, por el contrario, una preciosa reserva.

Tuve el consiguiente interés en estudiar a Jacson-Mornard durante todos aquellos días. Tenía que librar con él rudos combates psicológicos y para eso debía procurar conocerlo bien antes. Representaba la edad que decía tener: unos treinta y seis años. Era más bien alto, delgado sin llegar a flaco, de una palidez bastante intensa. Colegí que esta palidez no debía ser corriente en él, sino una consecuencia natural del proceso psicológico y del estado nervioso en que había vivido durante los últimos tiempos y en que estaba viviendo todavía. Es evidente que el encargo de matar a Trotski, engañando a éste y a todo el mundo en torno suyo, sólo podía confiársele a una naturaleza fuerte y compleja. A pesar de ello, esta naturaleza debía sufrir un gran tormento interior. ¿Había sido elegido Jacson-Mornard por sus condiciones personales para cometer su horrendo crimen? ¿Había sido preparado y educado con ese fin? ¿Se trataba de un fanático del stalinismo, de un elemento corrompido por el dinero o de un hombre aterrorizado al que se había colocado en la alternativa de matar o morir? Quizá era una mezcla de todo a la vez. Hasta donde fuera posible, debía tratar de averiguarlo. Su retrato físico y moral debía ayudarme. Era barbicerrado, pero tenía la coquetería de ir siempre afeitado como un actor. Me daba a cada momento esta impresión de actor, de un actor consumado. Era bastante nervioso, pero con un cauteloso control de sí mismo. No cedía fácilmente, ni aun en los momentos de gran tensión nerviosa. Poseía una inteligencia ágil y hasta donde lo pude apreciar, una cultura bastante amplia. Era muy aficionado a la lectura. Parecía tratarse, en efecto, de un intelectual. Le gustaba comer bien y creí adivinar en él un temperamento lascivo. Seguramente que un hombre así se había hecho más propenso a la corrupción, si es que corrupción había en él. Era



bastante violento, a veces cínico y hasta majadero. Con frecuencia se mostraba sarcástico. Pero cuando se le trataba con energía, se volvía sumiso y humilde. Pasaba de una actitud a otra con un perfecto dominio de sí mismo. Resultaba reservón y escurridizo en los interrogatorios. Cuando se le recordaba su crimen, parecía perder por un momento ese control de sí mismo como si reviviera la trágica escena y llevara en la conciencia el alarido lanzado por Trotski al recibir el golpe mortal. ¿Era sincero entonces? ¿Le fallaban sus dotes de actor? En todo caso parecía caer después en largos períodos de postración. Fumaba con exceso, ávidamente: puede decirse que encendía un cigarrillo con otro. En conjunto daba la impresión de un aventurero, de un hombre que no tenía ya nada que perder en la vida.

Debo empezar por transcribir ahora aquí las partes principales de la carta que llevaba encima; reproduciremos a continuación las principales partes también de la declaración que me rindió el mismo día de la comisión del crimen. No podía dudarse de que había preparado o le habían preparado dicha carta en previsión de que no lograra salir con vida de la empresa —es decir, en previsión de que fuera muerto por los secretarios de Trotski después del atentado, como estuvo a punto de suceder— y en cualquier caso, como una coartada legal y moral. He aquí los extractos de la carta en cuestión: "Señores:

"Al escribir esta carta no me propongo otro objeto, en el caso de que me ocurriera un accidente, que explicar a la opinión pública los motivos que me inducen a ejecutar el acto de justicia que me propongo.

"Pertenezco a una antigua familia belga. En París, donde hice mis estudios de periodismo, trabé conocimiento con jóvenes de mi edad que militaban en diversas organizaciones izquierdistas y que poco a poco me conquistaron a sus ideas. Estaba contento de haber escogido el periodismo como medio de vida, pues éste me permitía luchar más eficazmente contra el actual sistema de injusticia social. Fué entonces cuando empecé a frecuentar a los trotskistas, quienes me convencieron de la justicia de su ideología y de todo corazón ingresé en su organización. Desde entonces aporté a la causa revolucionaria toda mi energía y toda mi fe. Fuí un devoto adepto de León Trotski y hubiera dado hasta mi última gota de sangre por las necesidades de la causa. Me puse a estudiar cuanto se había escrito sobre los diferentes movimientos revolucionarios a fin de instruirme y desarrollarme mejor y de esta manera ser más útil a la causa.

"En esta época trabé conocimiento con un miembro del Comité de la IV Internacional, el cual, después de varias conversaciones, me propuso un viaje a México con el fin de conocer a León Trotski. Como es natural, este viaje me entusiasmó, pues era como la realización de un sueño y acepté de todo corazón. Este camarada me facilitó todos los medios: gastos de viaje, papeles, etc. No hay que olvidar que con mis propios documentos me hubiera sido imposible marcharme a causa de la movilización.

"Antes de irme, y a través de las múltiples conversaciones que tuve con el camarada en cuestión, me hizo comprender que esperaban de mí algo más que de un simple militante del partido, pero nada me precisó. Yo hice el viaje primero a los Estados Unidos y luego a México.

"Recién llegado aquí me dijeron que debía estar algo alejado de la casa de Coyoacán para no llamar la atención sobre mí y sólo unos meses después empezaba a frecuentar dicha casa más a menudo, por indicación de León Trotski, quien empezó a darme poco a poco algunas precisiones sobre lo que esperaban de mí.

"Para mí constituyó un gran desencanto, pues en vez de encontrarme cara a cara con un jefe político que dirigía la lucha para la liberación de la clase obrera, me encontré ante un hombre que no deseaba más que satisfacer sus necesidades y sus deseos de venganza y de odio y el cual no se servía de la lucha obrera más que como un medio de ocultar sus propias mezquindades y sus bajos cálculos.

"Después de varias conversaciones me fué, al fin, explicado lo que esperaban de mí. Fué entonces cuando germinó en mí la más profunda desilusión y el mayor desprecio hacia este hombre en el que tenía confianza y en quien, ante todo, había creído.

"Me fué propuesto ir a Rusia con el fin de organizar allí una serie de atentados contra diferentes personas y en primer lugar, contra Stalin. Esto era contrario a todos los principios de una lucha que hasta entonces había considerado franca y leal y desvaneció todos mis principios. No obstante no dejé traslucir nada, pues quise saber hasta dónde llegaría la bajeza y el odio de este hombre.

“Empecé a preguntar, entre otras cosas, los medios que debía emplear para entrar en Rusia. Me fué contestado que no tenía por qué inquietarme, pues como todos los medios son buenos para llegar a un resultado, él esperaba y contaba no solamente con el apoyo de una gran nación, sino con el apoyo de cierto comité parlamentario extranjero.

“Esto fué para mí como la gota de agua que hace desbordar el vaso demasiado lleno, y desde este momento no subsistió ya ninguna duda en mi ánimo de que Trotski no tenía otro objetivo en su vida, que el de servirse de sus partidarios para satisfacer sus fines personales mezquinos. Sobre todo quedé afligido por los estrechos lazos que tenía con ciertos dirigentes de los países capitalistas y llegué a la conclusión de que quizá los stalinistas no andaban tan alejados de la verdad cuando acusaban a Trotski de preocuparse tanto de la clase trabajadora como de un calcetín sucio. Después de mis conversaciones con él quedé extrañado de ver con qué desprecio hablaba de la revolución mexicana y de todo lo mexicano. Naturalmente, todas sus simpatías son a favor de Almazán, pero aparte de él y de algunos de sus partidarios, lo echa todo en el mismo saco, criticando la política de Cárdenas y a la policía mexicana, que dice está completamente corrompida. Y no digo nada de cuanto dice sobre Lombardo Toledano y Avila Camacho, los cuales espera serán asesinados muy pronto para dejarle el campo libre a Almazán (y tal como le conozco, estoy seguro de que está al corriente de algún complot en este sentido, ya que de otra manera no hablaría así, pues le gusta mucho dárseles de profeta. Será prudente no fiarse).

“Pero esto no tiene nada de extraño cuando se piensa que siente el mismo odio hacia los miembros de, su partido que no están absolutamente de acuerdo con él. Es por esto qué, hablando de la minoría del partido, siempre insinúa la posibilidad de una lucha de otro orden político y cuando dice que los minoritarios quieren atacarlo uno de estos días, esto quiere decir que va a comenzar contra ellos una guerra encarnizada.

“Un día, hablando de la fortaleza que ha llegado a ser su casa, decía: ‘No es solamente para defenderme contra los stalinistas, sino también contra la minoría’. Lo que quiere decir que desea la expulsión de varios miembros del partido.

“Precisamente a propósito de esta casa, que como él dice muy bien ha convertido en una fortaleza, yo me preguntaba muy a menudo de dónde le ha venido el dinero para tales trabajos, pues en realidad el partido es muy pobre y en muchos países no tienen ni aun la posibilidad de publicar un periódico, medio indispensable para la lucha. ¿De dónde sale este dinero? Podría quizá contestarnos esta pregunta el cónsul de una gran nación extranjera que le hace muy frecuentes visitas.

“En fin, para demostrar bien el poco interés que tiene por todo lo que no es su propia persona, añadiré que estando yo prometido a una joven a la que amo con toda mi alma, porque es buena y leal, cuando le dije que no podía ir a Rusia porque quería casarme antes y no iría más que con mi mujer, se puso nervioso y me dijo que tenía que terminar con ella, pues no debía casarme con una persona ‘que secundaba a la chusma minoritaria’. Si es probable que después de mi acto no querrá saber nada más de mí, no obstante es también a causa de ella que decidí sacrificarme totalmente quitando de en medio a un jefe del movimiento obrero que no hace más que perjudicarlo y estoy seguro de que más tarde no sólo el partido, sino la historia entera, sabrán darme la razón cuando vean desaparecer al encarnizado enemigo de la clase obrera.

“En el caso de que me ocurra una desgracia, pido la publicación de esta carta.
Jac. 20-8-1940”.

La extensa declaración de Jacson-Mornard, prestada en la Sala de Observación de la Cruz Verde, horas después de la comisión del crimen, venía a ser una ampliación y un complemento de la carta anterior. Resultaba interesante no sólo desde el punto de vista “biográfico” del asesino, sino porque las precisiones que se veía obligado a aportar tenían que ser preciosas para la investigación. Constaba dicha declaración de dieciséis largos folios. Me tendré que limitara hacer un resumen de sus partes esenciales. Aconsejo al lector que procure retenerlas para los efectos de capítulos ulteriores.

Según el declarante, nació el 17 de febrero de 1904 en Teherán, Persia, donde su padre, de nombre Roberto Mornard y perteneciente a la carrera diplomática, representaba entonces a Bélgica en calidad de Ministro Plenipotenciario. Abandonó Teherán a la edad de dos años para, trasladarse a Bruselas. A los diez, y con motivo de la invasión de Bélgica por las tropas alemanas, durante la primera Guerra Mundial,

se trasladó a París con su madre, Henriqueta Vandendresch, como refugiado de guerra. Reanudó allí sus estudios primarios, comenzados en Bruselas. De regreso a la capital belga en 1918, ingresó en el Colegio de Jesuitas de San Ignacio de Loyola, donde se graduó de bachiller. Entonces lo obligó su padre a ingresar en el Ejército. Poco tiempo después quedó matriculado en la Escuela Real de Dixmude, en la que permaneció dos años. En 1924 solicitó y obtuvo la disponibilidad voluntaria para ir a estudiar durante tres años a la Escuela Politécnica de París. Ingresó después en la Escuela de Periodismo de la Sorbona. A partir de 1930, trabajó en el diario parisién "Ce Soir" sin percibir sueldo alguno. No pudo terminar su carrera periodística hasta 1939, Durante todo el tiempo de sus estudios vivió en París gracias a la ayuda pecuniaria de su madre. Su padre, al morir en 1926, dejó una fortuna de tres o cuatro millones de francos. Jacson-Mornard tiene un hermano mayor que él, llamado Roberto; pertenece al Servicio Diplomático. Ignora dónde se encuentran tanto su madre como su hermano en el momento de prestar su declaración. Añadiré como dato personal que dijo haber contraído matrimonio en 1934, en Bruselas, con Henriqueta van Prouschdt, de la que se separó a los tres meses, no obteniendo el divorcio hasta 1939.

Conoció a Silvia Ageloff en París, en junio o julio de 1937. Descubrió que tenía una regular preparación política. Mantuvieron conversaciones sobre marxismo, trotskismo, leninismo ... Silvia, trotskista, recibía frecuentes visitas de elementos de esta tendencia. Por su intermedio los conoció y trató Jacson-Mornard y "asimiló sus ideas". Silvia, convertida mientras tanto en su amante, abandonó París con una promesa de casamiento "cuando fuera oportuno". Jacson-Mornard continuó tratando a los militantes trotskistas franceses, por cuyo intermedio conoció a un miembro destacado del Comité de la IV Internacional, cuyo nombre desconoce por no habérselo preguntado nunca. Este elemento le propuso cierto día la realización de un viaje a México para unirse con León Trotski, el cual "necesitaba gente como él". Aceptó encantado. Mantenían sus conversaciones completamente solos. Por su calidad de militar en reserva, no podía abandonar Europa a causa de la movilización; el miembro de la IV Internacional le propuso entonces que cambiara de nombre y le proporcionó un pasaporte canadiense, con el nombre de Frank Jacson y con la fotografía que él previamente le había entregado. Le hizo entrega asimismo de doscientos dólares para los gastos de viaje. Antes de abandonar Europa fué a despedirse de su madre, que le dió cinco mil dólares.

Por recomendación del miembro de la IV Internacional permaneció un mes en Nueva York y solicitó un visado de turista para México. Según el mismo miembro, Trotski ya venía noticias de su llegada; sin embargo, debía esperar una oportunidad para hablar con él, sin forzarla ni buscarla. Silvia, un tanto delicada de salud, vino a reunirse con él a México. Conoció personalmente a Trotski tres meses antes por mediación del militante francés de toda su confianza Alfredo Rosmer. Lo que sigue debemos reproducirlo íntegramente:

"Ahora diré los motivos que tuve para cometer el crimen. León Trotski me desilusionó completamente como líder político después de haber abusado de mi creencia y de mi fe en su persona, en su beneficio personal, como ha abusado de la clase obrera. Destruyó mi personalidad moral y, por consiguiente, mi vida. Yo era un hombre tranquilo en Francia, dedicado al trabajo; tenía una carrera militar más o menos segura, pues era teniente de reservas, y renuncié un mes antes de ascender al grado inmediato. Yo debí haber muerto sirviendo a mi patria; pero Trotski me colocó en el dilema de seguir la vida ilegal, que me marcó en una entrevista, o regresar a mi patria a morir, como un desertor y un cobarde, frente a un pelotón de soldados y no combatiendo en defensa de ella. Por él acepté venir a México con nombre falso y pasaporte falso. Me sentí en sus manos estrujado como un papel. Tuve algunas conversaciones con él, durante las cuales me hizo saber sus proyectos y la manera cómo pensaba ejecutarlos. Su finalidad era organizar el estado de cosas en Rusia y su plan desmoralizar a los soldados, sabotear las fábricas de guerra y si había oportunidad, atacar directamente a la Organización Directora de la Unión Soviética. Esto fué, en síntesis, lo que me dijo. En cuanto al material humano que debería ayudarlo en la realización de aquella labor, me manifestó que había enviado de diversos lugares a un grupo de personas a Shangai, unos en avión —por el China Clippery— otros en barcos, las cuales personas, reunidas allí y aleccionadas e instruidas por otros individuos que están al corriente de todos los detalles y secretos, debían atravesar el Manchukuo y penetrar en la Unión Soviética, para ponerse en contacto con sus partidarios".

Después de algunas digresiones sobre las luchas entre las fracciones trotskistas en los Estados Unidos y sobre su amor por Silvia Ageloff, Jacson-Mornard explicaba la manera como cometió el crimen:

"Siete u ocho días antes del atentado me vino la idea de matarlo. No tenía plan definido. Quería lograrlo y suicidarme después. Para ejecutar mi propósito pensaba emplear el piolet que traje de Francia, porque

sé manejarlo muy bien y me había dado cuenta, de ello en mis ascensiones a las montañas nevadas, donde con un par de golpes lograba arrancar grandes bloques de hielo. La pistola y el puñal los quería para quitarme la vida en Tres Marías o en el Parque Nacional o en cualquier otro lugar si lograba salir de la casa. Por eso cosí el puñal, en previsión de tal posibilidad y por si salía rápidamente. Después de aquellas conversaciones sentí un odio inmenso hacia Trotsky, pues comprendí que yo era uno de tantos a los que había hecho desgraciados en su provecho, pues a sus propios elementos, con suma habilidad, los obligaba a chocar para alcanzar algún beneficio. Por eso decidí matarlo y no sólo suicidarme dejándole a él la vida. El día del crimen llegué a la casa como a las dieciocho horas y media. Me abrió la puerta Harold. En la azotea, al llegar yo, encontrábase algunos de los secretarios, que me dijeron algo que no oí bien. A Harold le pregunté si había llegado Silvia, pues quería visitar al Viejo uno de aquellos días; me dijo que no. Yo repuse: "Vendrá tal vez más tarde". Encontré a Trotsky dándoles de comer a los conejos. Me explicó que la hierba mojada o seca les hinchaba la panza a los animales y me explicó el por qué, pero yo no lo recuerdo. No conozco nada de conejos. Me preguntó si llevaba un artículo que había ofrecido escribirle tratando teóricamente la cuestión de las disensiones trotskistas en los Estados Unidos y me invitó a pasar al despacho, cosa que yo daba por descontada. Al entrar en el despacho, llevando Trotsky el artículo escrito por mí, tomó asiento en su habitual junto al escritorio. Yo me coloqué a su izquierda, dándome él la espalda. Iba confiado. Mi impermeable, en cuyo bolsillo izquierdo llevaba el puñal y en el derecho el piolet, lo puse sobre un mueble, que no podría clasificar, pues no lo recuerdo: sólo sé que estaba situado junto al muro oriente del despacho, a espaldas de Trotsky. Al entregarse éste a la lectura del artículo, saqué el piolet del impermeable y cerrando los ojos, seguidamente le asesté el golpe en el cráneo. Sólo una vez le pegué y al hacerlo lanzó un grito lastimero, estruendoso, al mismo tiempo que se arrojó sobre mí y fuertemente me mordió la mano izquierda, según podrá verse por estas tres dentelladas. Luego se retiró a pasos lentos de aquel sitio. Al oír el grito, llegaron hasta mí, que casi no sabía lo que pasaba ni me mantenía consciente ni pretendía escapar, Harold en primer término, que empezó a golpearme con la pistola, y después Hansen y Charles. Si llegó algún otro al despacho, yo no lo vi. Más tarde llegó la policía y me condujo a este sitio".

Después de esta declaración sobre los motivos que le llevaron a cometer el crimen y sobre la manera como lo cometió, quise hacerle precisar algunos detalles.

—¿Cuándo escribió usted la carta que se le encontró encima al ser trasladado de casa de Trotsky a la Cruz Verde? —le pregunté.

—La escribí la víspera del atentado, en el Bosque de Chapultepec.

—¿En el Bosque de Chapultepec? ¡Pues si está escrita a máquina!

—Compré la máquina de escribir en el Nacional Monte de Piedad por ciento cuarenta o ciento cincuenta pesos. Se la dí a guardar, desde el sábado anterior a la fecha del crimen, a un tal Bartolo Pérez o París, no lo sé con exactitud. Después, escrita la carta, el martes le regalé la máquina a Bartolo, al que creía fundamentalmente que no volvería a ver. No tenía ningún interés en conservarla. No llevé esa máquina nunca al hotel porque ¿qué explicación iba a darle a Silvia?

—¿Quién es ese Bartolo Pérez o París? ¿Dónde y cómo lo conoció usted?

—Lo conocí en el Kit-Kat-Club, un bar ubicado en la esquina de Independencia y Dolores. Se trata de uno de esos individuos que se encuentran en todas las grandes capitales, dispuestos a hacer cualquier clase de operaciones con tal de ganar algún dinero. Lo invité a beber y conversamos. Le pregunté si podía proporcionarme tina pistola, de cualquier marca, modelo o calibre, y me dijo que sí. El martes, después de comer con Silvia, me dirigí hacia la cantina antes citada. En la esquina encontré a Bartolo, que llevaba el arma y la máquina de escribir. Nos alejamos hacia la Plaza de San Juan. Saqué un fajo de billetes y se lo di. Los contó y dijo que estaba bien. Le regalé, además, la máquina pensando que no sobreviviría al crimen. Quería la pistola y el puñal para privarme de la vida después de matar a Trotsky con el zapapico.

—¿Y el puñal dónde lo adquirió?

—En la Lagunilla, en una calle larga donde venden toda clase de objetos. Lo compré cuando todavía no pensaba cometer el crimen y para adornar la casa.

Antes de terminar este primer interrogatorio, quise hacerle la siguiente pregunta:

—¿Conocía usted a Robert Sheldon Harte o Bob, como le llamaban corrientemente?

—Lo conocí en el Hospital Francés, al que iba yo casi todos los días a ver a Alfredo Rosmer, que estaba enfermo. Salíamos de ver a éste su esposa, Natalia Sedova y yo. Aguardaba uno de los automóviles de Trotski a la puerta. Bajó de él un joven y dirigiéndose la señora Rosmer a él y a mí, dijo:

“No se conocen ustedes? Pues éste es Bob y éste es Jacques”. El me dijo que era de Nueva York y nos separamos. Fué la típica ocasión que tuve de conversar, con Sheldon, cuyo apellido he sabido después.

—Otra pregunta, Mornard: ¿por qué hizo usted un viaje a Nueva York inmediatamente después del atentado contra Trotski en el mes de mayo?

—Mi viaje a Nueva York tuvo por único objeto ver a Silvia, pues no podía vivir sin verla.